

La Columna de Clarita Hospital Pablo Tobón UribeMEDELLIN Por CLARITA DUPERLY
DE RESTREPO

Muchas cosas valiosas se nos ocultan bajo la apariencia sencilla de un nombre, de una frase común, de un símbolo que nada nos dice. Por ejemplo, la mayoría de las personas ignora el significado de estas letras: H.P.T.U. Son las iniciales del Hospital Pablo Tobón Uribe, una entidad que tras su moderno edificio situado en una pequeña elevación en las afueras de Medellín, con una vista preciosa sobre la ciudad y todos los adelantos y comodidades que ofrece la época moderna, alberga un equipo de personas trabajando con una mística que trasciende las paredes, prestando un servicio médico con calor humano, con un sentido de respeto profundo a la dignidad de la persona sin permitir que el diario y constante roce con el dolor y la muerte conviertan su noble misión en ejercicio de rutina.

Cuando la enfermedad, el dolor, la angustia se abaten sobre un ser humano, es cuando más necesita saber que no está solo, que alguien vela con solicitud y cariño el proceso de su recuperación, que no es un número sino una persona que sufre y siente en exceso. Es por eso que para el enfermo, oírse llamado por su nombre por todo el personal constituye un detalle tan importante porque capta inmediatamente el aspecto de individualidad que esto representa.

Un trozo de la canción "Viva la Gente" que dice: "Las cosas son importantes, pero la gente lo es más", retrata de cuerpo

entero la filosofía que guía al personal del hospital. El enfermo es el centro alrededor del cual gira su complicado engranaje, sin que la educación, la posición social o económica, color o religión, constituyan una línea de discriminación en los servicios porque aunque "algunos dan más, ninguno recibe menos".

Bajo el término de Clasificados Económicos, se atienden a todos aquellos pacientes cuyos escasos recursos no les permiten acceso a la medicina privada, pero reciben la misma esmerada atención y alimentación del pensionado; la única diferencia es la habitación individual o colectiva y el sistema de pago que se hace con base en un estudio de las posibilidades de los hospitalizados por consulta externa.

Todos los pacientes reciben igualmente, al salir, la cuenta detallada de los servicios prestados, por su valor real, pero de acuerdo con el estudio realizado, reciben un descuento desde un 10 por ciento hasta un 90 por ciento del total. De esta manera la persona aprecia el costo de su tratamiento, pero paga en proporción a sus capacidades. Tal vez lo más admirable de este sistema es que aunque todos no pueden cancelar totalmente su cuenta antes de salir, son muy pocos los que dejan de cumplir con su obligación porque están convencidos de que su aporte,

aunque sea pequeño, además de una justa retribución es un compromiso con la sociedad en que viven.

Después de apreciar el extraordinario servicio que está prestando el hospital, da tristeza ver lo reducido de su campo, pues por falta de recursos no está funcionando sino una pequeña parte, quedando oculta tras la fachada impecable y una que otra puerta cerrada en los pasillos, la fría desnudez de una estructura en obra negra en un mudo pero urgente clamor de abrirse a los centenares de personas que con paciente dolor esperan turno.

Mil impresiones diversas brotaron al recorrer recientemente el amplio edificio sintiendo a cada paso el trato amable y cordial de todo su personal, pero ninguna podrá superar la primera e inolvidable imagen formada en mi lecho de enferma al sentirme tratada con cálida sencillez fruto de una formación auténticamente humana.

Por eso estas pocas palabras quieren ser, ante todo, un público reconocimiento a la obra emprendida por sus directivas y secundada con calor por todo el personal.